

> ELECCIONES 2010  El repaso a los estilismos

## LOS ÚLTIMOS CUATRO PRESIDENTES DE LA GENERALITAT

# Honorable presencia

**PATRYCIA CENTENO**  
Desde que en 1977 se restauró la Generalitat de Catalunya, cuatro líderes de distintas formaciones políticas (ERC, CiU y PSC) han ocupado el cargo de presidente. Salvando las distancias entre épocas, contextos, ideologías y actitudes, los responsables de gobernar a la ciudadanía catalana durante los últimos treinta años han sabido marcar su propio estilo con mayor o menor acierto. Pero lejos de algunos líderes españoles que adaptaron las tendencias indumentarias a la política (Adolfo Suárez o Felipe González), la Cataluña de vanguardia e innovadora ha apostado por representantes mucho más clásicos en eso del vestir.

**► Clases de presidente**

Como es lógico, Josep Tarradellas (ERC) no sólo se contagió de la oratoria de figuras como Manuel Azaña, Indalecio Prieto o Niceto



Josep Tarradellas. / EFE

Alcalá Zamora, sino también de la imagen impoluta que la política de antaño transmitía y exigía. De todos modos, aprendió pronto que una buena apariencia podía camu-

flar en ciertas ocasiones un precario mensaje verbal. Así se lo recordaba su maestro Francesc Macià: «La gente no me quiere oír, la gente me quiere ver». Por eso, y después de haber trabajado como representante comercial de tejidos, Tarradellas estaba llamado a esparcir clase y elegancia a cada paso de su carrera política. Porque a sus 78 años —cuando regresó del exilio y pronunció su famoso *Ja sóc aquí*— aún era un hombre alto, corpulento, recio, vigoroso y con un color de piel envidiable propio del campo. Consciente de que la fortaleza de su imagen podía suscitar ciertos recelos y temores, nunca abandonó su cuidado. Y aunque solía reservarle el mérito de su buen parecido a su mujer, la verdad es que era exigente y casi obsesivo con el protocolo indumentario. Tanto es así, que nadie osaba entrar en su despacho sin corbata. Y si algún inconsciente lo intentaba ya sabía la respuesta: salir inmediatamente de allí y no presentarse hasta que no estuviera ataviado adecuadamente. Riguroso, Tarradellas prefería vestir siempre de oscuro. Trajes gris marango, camisas con corbatas discretas en azul o jerséis blancos de cuello cisne componían su uniforme de trabajo.

**► Feo, fuerte y formal**

En 1980, llegó Jordi Pujol. El líder convergente no contaba con la altura de Tarradellas y su atractivo escaseaba bastante, pero sus carencias físicas las suplió con inteligencia. Su carisma y personalidad eclipsaron a su imagen. Sin duda, si alguien podía lograrlo era él. ¿Quién iba a fijarse en la apariencia de un presidente que dominaba seis idiomas y era capaz de recordar el nombre del pueblo en el que había nacido cada uno de los periodistas con los que se tropezaba en sus viajes? Eso sí, sabiamente, nunca permitió que su vestuario fuera el protagonista de las crónicas periodísticas, ni para bien ni para mal. Ataviado correctamente con el hábito de político (traje, camisa y

corbata), sin demasiados ornamentos ni distracciones, Pujol prefería trabajar su imagen a través de acciones, hechos y conocimiento. Pese a todo, no pudo evitar durante unos años el azote de algunos sectores españoles que vitoreaban aquello de «Pujol, enano, habla el castellano». El tiempo y el apoyo al PP en 1996 consiguieron que el ataque se suavizara y que del popular insulto resultara una nueva versión: «Pujol, guaperas, habla como quietras». Pero ni las bromas con el Això, no toca ni con su tos carrasposa fueron nunca tan populares como cuando lo parodiaron como Yoda en La Guerra de las Gala-



Jordi Pujol. / EL MUNDO

xias. Y aunque el ex presidente siempre sostuvo que nunca había visto ninguna de estas imitaciones, definió astutamente al personaje de George Lucas como «sabio y viejo».

**► Un bohemio en la Generalitat**

Por su parte, Pasqual Maragall también llevó al Palau de la Generalitat su propio estilo. Pese a no haber pertenecido a la moda universitaria de la *gauche divine* de la Barcelona de finales de los 60, sus aires de burgués bohemio in-



Pasqual Maragall. / ANTONIO MORENO

telectual le delataban. Nieto del poeta Joan Maragall, en sus años en el govern del tripartito (2003-2006), resultaba prácticamente imposible encontrarlo con la americana abrochada. Gestos como éste o las manos en los bolsillos, entre otros, acabaron transmitiendo de Maragall una imagen excesivamente cercana para un presidente de Cataluña. De su larga experiencia como alcalde de la capital catalana (1982-1997) quedan para el recuerdo las Olimpiadas, Cobi y sus gabardinas (la negra que vestía cuando en 1986 se adjudicaron los Juegos de Barcelona se subastó hace poco). Pero en el retrato de su perfil, sin duda, destacarían sus ojos achinados, sus mofletes prominentes, su poblado cabello blanco, sus espesas cejas oscuras y su bigote. La camisa blanca con la americana de pana lisa negra (el tejido asociado a los socialistas) es uno de los estilismos que mejor casaban con sus canas. Y bien lo sabía. Con igual acierto, conseguía combinar tonalidades.

**► Cambio de estilo**

En 2006 unas elecciones autonómicas anticipadas sustituyeron a

Pasqual Maragall por José Montilla. Pese a que ambos formaban parte del PSC, era fácil adivinar que en poco o nada más coincidirían. Ya lo advirtió Maragall: «Existen dos tipos de andaluces: el gracioso y el arisco». Estaba claro, Montilla, por lo menos públicamente, no pertenecía al primer grupo. Durante los primeros años de su mandato, su escasa presencia mediática acabó provocando que la representación visual de José Montilla no fuera la real sino la del actor Sergi Mas quien lo parodiaba en el programa satírico *Polònia* de TV3 («chist»). Tímido, cohibido, introvertido, inseguro... ¿Qué le pasaba a este nuevo presidente? ¿Por qué era tan distinto a los demás? ¿Influía su origen no catalán? Aunque Montilla no viste, en líneas generales, mal, su apariencia resulta apática. Sus insulsas gafas, sus largas americanas o el hecho de no llevar nunca un buen nudo de corbata podían condenarle a un cierto hastío. Pero ha sido su poca gracia comunicativa (la inexistente coordinación entre gesticulación y discurso) la que ha acabado de proyectar una imagen débil de su personalidad en el plano público. «Yo no me examino para un concurso de oratoria, me presento para ser vuestro presidente», denunciaba Montilla esta semana en uno de sus últimos mítines electorales. Obcecado en negar que en la política es importante el qué pero también el cómo, sus antecesores y sucesores (hoy o en la próxima legislatura) le llevan cierta ventaja.



José Montilla. / TONI GARRIGA / EFE





## Especial Navidad

Más de 450 páginas con toda la moda, decoración, belleza viajes, cocina... para unas fiestas muy glamorosas.

**YA EN TU QUIOSCO**  
CADA MES LO ÚLTIMO Y NO SÓLO EN MODA.